

LAS ESQUINAS

La vista desde la puerta de mi casa es por lo demás conocida y tranquilizante: la iglesia y su placita frente a ella a dos cuadras, la tienda del español donde se puede comprar de todo, el taller de bicicletas, el puesto de periódicos y revistas, la casa de la familia Macedonio Álvarez, la de nuestra amiga Doña Leonor, la de los Martínez Espíndola, la de el señor ése que no sabemos su nombre y que nunca se digna saludar a nadie. También son comunes a nuestra vista los árboles, las banquetas, el perro callejero que camina de un lado a otro, los pájaros que se posan en las ramas, la panadería y la tortillería que están juntas. Conocemos, y saludamos, al cartero, al pordiosero, al repartidor de leche y al de los periódicos. Que delicia caminar por estas calles a cualquier hora.

Lo malo es que están las esquinas y con ellas calles que desembocan en la nuestra, calles desconocidas, calles oscuras. Miles de veces mi madre nos ordenó no dar vuelta en ninguna esquina, añadiendo, pues se van a perder. Y qué razón tenía. La primera vez al desobedecer perdí mi niñez. Vi la que la vida no era un juego continuo ni besos de la madre o abrazos del padre. Me enfrenté a la pobreza, al abandono, a la violencia. Horrorizado regresé a mi calle. La segunda vez perdí mi inocencia. Descubrí, para quedarme en él, el sexo. Sexo de animales, sexo de humanos. Nunca volví a ser el mismo de antes. En otra esquina perdí mi ignorancia, descubrí los libros, las artes, el teatro. Y así esquina tras esquina he encontrado y perdido muchas cosas. He perdido desde dinero al ser asaltado hasta a mi mujer que se fue con otro. Siempre vuelvo después a mi calle y a mi casa. Mi temor es que un día al dar vuelta a la esquina me pierda y jamás vuelva a encontrar mi casa, mi calle. Y ese día sé que está cercano. Será el día que al dar vuelta a la esquina pierda la vida.

Tomás Urtusástegui sept 2006